

Prometeo

JOSEP OTÓN

Durante estos últimos meses, el fuego ha hecho gala de su tremendo potencial destructivo. Incendios como el de Notre Dame o el de los bosques de la Amazonia y, más recientemente de Australia, son una buena prueba de su fuerza y de la insuficiencia de los recursos del ser humano para atajar catástrofes de tal magnitud. El fuego arrasa cuanto encuentra a su paso sin importarle si se trata de arte, de una reserva ecológica o, peor aún, de una persona.

Aun así, el ser humano tiene parte de responsabilidad en tales desgracias. Prevenir parece innecesario cuando el peligro no asoma en el horizonte. Pero después del desastre, de poco sirve lamentarse. La conservación de los bosques, la lucha contra el cambio climático y las medidas protectoras están a nuestro alcance.

Sin embargo, el fuego no es nuestro acérrimo enemigo. La posibilidad de domesticarlo significó una auténtica revolución. Proporcionaba luz en la noche, calor en el invierno, defensa frente a los animales...

Las relaciones familiares y de amistad se consolidaron alrededor de la lumbre. Las fiestas se acompañan de hogueras que alargan las horas de luz. La técnica nació en las fraguas y en los hornos. Y una zarza ardiente encendió la fe en un único Dios.

Ahora bien, según un mito griego, **Prometeo** fue castigado por los dioses por robarles el fuego y dárselo a los humanos que a su vez tuvieron que pagar con creces el precio de semejante atrevimiento.

El fuego es un poderoso aliado, pero puede volverse en contra si no somos capaces de frenar su poder devastador. Tanto puede construir cultura, como destruirla; defendernos, como amenazarnos... Tal vez sea una metáfora de lo que nos sucede con el progreso. *

